

# EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 21 Octubre 1915.

Número 42.

## La primavera <sup>(1)</sup>

Del sol á la amorosa invitación  
muestra la primavera su poder:  
ya la avispa sutil es de temer,  
ya entona su sonata el moscardón.

Ya el mosquito provoca el manotón  
la venerable calva al recorrer,  
ya la pulga á las uñas da que hacer,  
ya abandona la chinche su rincón.

A la suave luz del sol de Abril,  
puebla la cucaracha el albañal,  
el huerto invade la babosa vil,  
da de vida el murciélago señal,  
revive y desperézase el reptil...  
¡y surge el candidato á concejal!

José Nakens

(1) Fué escrito este soneto en 1895, en que las elecciones municipales se verificaron en Mayo. Las actuales se celebran á la entrada de invierno, época en que desaparecen todas las especies dañinas en él citadas y el concejal surge con el mismo vigor que en primavera.

## Sobre la Liga de Defensa del Clero

### PARA TERMINAR

Al leer el notable artículo *Paréntesis necesario*, publicado en el número anterior por el Sr. Pey Ordeix, veo que mi intervención respecto á la *Liga de Defensa del Clero* ya no es tan precisa; por otra parte, estoy abrumado de trabajo y con la salud algo quebrantada; por todo lo cual doy un corte á lo que pensaba decir, dando punto final á esta amistosa conversación, para mí muy grata, con estas sencillas manifestaciones:

Los lectores de *El Motín* pueden ver, aparte de mis palabras, por el mismo acto de mi intervención en este asunto, que á la *Liga de Defen-*

*sa del Clero* no la anima intolerancia alguna. De lo contrario, no se hubiese dado este hecho.

No vamos en modo alguno contra la libertad de la Prensa. Todo lo contrario. La libertad va siempre conjunta con el respeto. Cuanto ama uno más con toda su alma la libertad de pensamiento, tanto más respeta uno el pensamiento ajeno en lo que tiene de personal.

En el pensamiento del hombre hay dos elementos: uno colectivo, la idea, lo que se piensa; otro, individual, la convicción, la parte de vida que ponemos en nuestras afirmaciones.

Lo primero es del agro común, el mundo de la idealidad en que todos podemos intervenir con justo derecho para aprobar ó rechazar, elogiar ó vituperar. Mas lo segundo es inviolable, es el sagrado de la vida, el al-

ma de nuestro hermano que no nos pertenece, que forma un mundo de realidad completamente distinto del nuestro.

Por eso cuando veo las diatribas injuriosas, los ataques tan sañudos en la misma sangre del alma que los hombres recíprocamente nos dirigimos por profesar ideas opuestas, siento hondísima pena, y todo el eterno anhelo del espíritu humano por la libertad, lo siento vibrar en mi alma por sus justos derechos.

Todo esto se debe no más á que los hombres propagamos nuestras ideas por sistema negativo más que positivo. En vez de mostrar cada uno la bondad de nuestras ideas, nos esforzamos en negar las contrarias. Y de esta tendencia negativa, contraria á la naturaleza y á la realidad, surgen todas esas desastrosas consecuencias.

Y es que la afirmación es siempre una obra de avance y de progreso, mientras la negación es de retroceso y de ruina.

Porque el pensamiento de cada hombre es una parcela del pensamiento universal, y por enmedio de esas parcelas van las líneas armónicas de la realidad, que á todos nos cobijan y que todos debemos ver á pesar de nuestras divergencias naturales de pensamiento.

JUAN AGUILAR JIMÉNEZ

## Las palabras decisivas

Para mover cada hombre hay una, como para despertar cada pueblo, como para impulsar cada partido. Es fenómeno que se observa en todos los tiempos y en todas las civilizaciones; mejor que fenómeno, debí haber dicho que es ley universal.

¿Queréis ver recobrar su juvenil vigor al viejo Anibal? Nombradle á Roma.

¿Resurgir á la vida del heroísmo á la degradada España de comienzos del siglo XIX? Haced que resuene por sus ámbitos el grito de patria.

¿De pie á un partido que dormitaba, mejor dicho, que parecía muerto? Anunciad unas elecciones.

¡Oh, poder mágico de las palabras decisivas que hacen héroes, regeneran patrias, y electrizan partidos! Vosotras sois las grandes acumuladoras de entusiasmos y energías.

•Dadme un punto de apoyo para



mi palanca y moveré el mundo», decía Arquímedes.

«Encontremos la palabra decisiva y la República vendrá», pensaba yo.

Antes de seguir adelante, quiero descargar mi conciencia republicana de un peso que la viene oprimiendo tiempo há: el de haber sospechado que el republicanismo había perdido su cohesión, su fuerza, y su virilidad. Y lo que es más horrible aún: haber dudado del desinterés, la abnegación y el deseo de sacrificarse por el ideal que acuciaba á los hombres que están á su frente.

Y confesada la culpa, deseando que me sea perdonada, permítaseme exponer las aparentes razones que me impulsaron á cometerla.

Yo venía viendo que nuestros diputados, hasta aquellos que debutaron en el Congreso por vez primera en las últimas elecciones, y de los cuales tanto esperé, no hacían nada de provecho;

Que en sus ataques al Gobierno, fuera de alguna que otra estridencia simpática, aunque no siempre oportuna, se mostraban perezosos y tibios;

Que en la cuestión capitalísima, la de Presupuestos, bien por ignorancia, bien por ser materia árida y de poco lucimiento en la galería, no intervenían apenas;

Que no proponían reformas salvadoras ni combatían las Sociedades privilegiadas que saquean y arruinan al país;

Que no se preocupaban del aumento, influencia y predominio de las Ordenes religiosas, que van lentamente apoderándose de todo el numerario firmando pagarés contra la Caja del Cielo.

Que pactaban silencios, apodados patrióticos, cuando debían haber gritado más fuerte, sin perjuicio de lamentarse luego, al cerrarse la legislatura, de que no se les permitiera decir en los mítines lo que pudieron y debieron decir sin responsabilidad alguna en el Congreso.

Y al ver todo eso, me preguntaba angustiado y entristecido:

¿Si nuestros representantes en Cortes habrán sido contagiados de esa terrible enfermedad del sueño, precursora de la muerte, que en ciertas comarcas del Asia causa tantas víctimas?

Venía viendo también que los republicanos en los Municipios, salvo contadas excepciones, ni se distinguían por su celo en pro de los intereses comunales, ni presentaban proyectos benéficos, ni protestaban contra los desafueros alcaldescos, ni combatían constante y enérgicamente las inmoralidades, y exclamaba más entristecido y angustiado aún:

¿Si estos desmayos de la voluntad serán síntomas de muerte próxima, ó

serán, ¡así no me equivoque!, la aparente calma que precede á las grandes tempestades, lo mismo en los espacios que en los espíritus?

Un solo rayo de luz divisaba en el cielo de mi esperanza; el ver que, si la voluntad faltaba en unos y otros para todo lo que significa convicción, acción ó entusiasmo, en cambio aumentaba para cuanto patentiza odio y egoísmo, y me decía, por la misma razón que el naufrago se agarra á una débil tabla:

«No está muerto el partido, no. Esas luchas intestinas prueban que existe. El movimiento es vida.»

Y en estas alternativas de optimismo y pesimismo estaba, cuando anuncia la *Gaceta* las próximas elecciones municipales, y...

No con más rapidez se alzarán los muertos en sus tumbas al oír la trompeta del Juicio Final, que mis correligionarios se irguieron al leer aquel decreto.

¡Elecciones!

Palabra que conmueve, que impulsa, que arrastra...

Que incita al olvido de las diferencias, que acalla los odios, que excita al abrazo fraternal...

Que sustituye, superándolas en eficacia, á todas las que en la leyenda y en la Historia han cambiado la faz de los pueblos y de las civilizaciones.

En adelante la palabra imposible dejará de figurar en mi vocabulario: Hasta aquello de *los sepulcros se abrieron y los muertos resucitaron*, deja de ser para mí una frase hiperbólica, después de haber visto cuán vivo ha resucitado mi partido al escuchar la palabra *elecciones*.

Ni en el teatro de maquinaria mejor montada se opera más perfecta y súbitamente la transformación de una horrible noche de tempestad en una espléndida y deslumbrante aurora.

Los que en los Casinos jugaban tranquilamente al más ó al dominó, pronuncian ahora discursos fogosos para demostrar que por el camino del Municipio se va derechamente, irremisiblemente y rápidamente á la República.

Se proponen y se discuten candidaturas para la concejalia, todos con méritos sobrados para aspirar al puesto de presidente de la República cuando dentro de pocos meses se establezca.

Los genios administrativos abundan. Hombres hasta ayer modestamente retraídos en sus hogares, aparecen hoy como salvadores de la Hacienda municipal. La dificultad está en el elegir, por ser todos superiormente idóneos. Gracias á esto, no podemos correr el riesgo de equivocarnos.

La idea de sacrificarse por el bien común toma proporciones alarmantes.

Los que por haber sido concejales saben ya las amarguras que lleva anejas el cargo, se resignan á ejercerlo nuevamente; así demostrarán que irían orgullosos hasta al patíbulo por servir al ideal.

Los que no lo saben por experiencia propia aspiran á alcanzarlo, no sólo para velar por los intereses del pueblo, sino para probar que á ellos no los seducirán panaderos, ni los malearán contratistas, ni los corromperán compañías de gas, ni de electricidad, ni de tranvías.

Y ni los que aspiran á serlo ni los que lo fueron, sienten vacilaciones ni dudas ante la perspectiva de abandonar sus intereses para preocuparse de los ajenos; ejemplo de abnegación tanto más admirable, cuanto que en estos tiempos de egoísmos recalcitrantes, el *cada uno para sí* parecía haberse elevado á la categoría de virtud máxima.

Vuelva, pues, á los vacilantes la fe y á los desengañados la esperanza, cual me ha ocurrido á mí. El partido dormía: no estaba muerto.

Y de que vive y conserva su fuerza y su entusiasmo, garantía es el vertiginoso afán con que ahora se mueve, el incansable ardor con que manobra, el epopéyico valor con que lucha.

Felicitémonos de este grandioso resurgir, y lancemos todos á una el revolucionario y salvador grito á cuyo eco ha retemblado ya en sus cimientos el cuarteado edificio monárquico.

¡Viva el partido revolucionario!

¡Electoral!

¡Viva!... ¡Viva!... ¡Viva!...

JOSÉ NAKENS

## Por última vez

*El Debate*, á cuyo director envié el miércoles por el correo interior y en sobre certificado un número de *El Motín* último, no se ha servido contestarme fijando el día y la hora en que puedo mandar persona de mi confianza á cobrar las cinco mil pesetas ofrecidas al que demostrase que algún sacerdote había faltado alguna vez al secreto de la confesión.

A pesar de que su proceder no se compadece con los dictados de católico, cortés y caballero que seguramente, y con perfecta justicia ostentará ese respetable señor, cuyo nombre ignoro, yo insisto en apelar á su caballerosidad, su cortesía y su religiosidad para no verme obligado á apelar á otros procedimientos en demanda de que me sean entregadas esas cinco mil pesetas que me corresponden indiscutiblemente, y que acaso no hubiera reclamado, á no tener que solventar la deuda sagrada de las



costas de mi proceso y pagar sus honorarios al elocuentísimo abogado y al competetísimo procurador de la *Liga para la Defensa del Clero*.

Ruégoles por segunda y última vez que me conteste, pues me dolería en el alma tener que apelar, por primera vez en mi vida, á solucionar asuntos de intereses por las vías que acostumbra todos los que se ven burlados ó se consideran estafados.—J. N.

## ADVERTENCIA

Sabido es que yo considero igualmente perniciosos á los curas que á los frailes; mas no por esto dejo de reconocer que los primeros son algo menos nocivos que los segundos.

Si estuviera en mi mano suprimir unos y otros, haría ese bien á la humanidad; mas como no está, declaro, siguiendo la teoría del mal menor, que preferiría á los curas, si forzosamente tuviera que elegir. De igual manera que si me dijese: «No puedes librarte de sufrir una enfermedad: elige entre la fiebre bubónica y la fiebre palúdica», optaría por la segunda.

Y digo esto, para que no vayan á suponer los curas que lean unos artículos que voy á reproducir en *El Morín*, escritos por persona que conoce bien al clero secular y regular, que trato de defenderlos; no: afirmar que el león es algo más noble que el tigre, no quiere decir que deje de ser fiera, y como tal, acreedora á que la exterminen.

Y hecha esta advertencia para evitar que los curas me hagan blanco de su agradecimiento, ahí va el primer artículo sobre los frailes.

## Frailes y clérigos

### Diferenciación y rivalidad

La contienda entre el monaquismo y el clero secular en España, ofrece un interés palpitante en este momento, porque sintetiza exactamente el estado de la Iglesia.

La lucha es antigua y la misma en el fondo, pero, según los tiempos, presenta distintos aspectos, muy interesante el actual.

Dividamos el campo.

En orden á los intereses, y este es nuestro gran punto de vista, tenemos de un lado los monacales de ambos sexos, gente cosmopolita, sin patria, y para decirlo con toda claridad, gente que es contraria al sentimiento del patriotismo, pues lo tiene por cosa vulgar y hasta nociva en asuntos religiosos. Una prueba de esto es que en el Concilio de Trento, el argumento más decisivo que los romanos adujeron en favor de la existencia de los regulares, muy discutida entonces, fué que, como no estaban influidos por el sentimiento de amor al suelo en que nacieron, podrían ser mejor que nadie una milicia fuerte y aguerrida que peleara en

todas partes por los intereses de Roma. Palavicini así lo hace constar, y bien lo confirmó después en un luminoso é imparcial informe el conde de Aranda.

Los monacales se distinguen también por idéntica aversión al sentimiento de la familia, que denigran con palabras despreciativas, y al de la amistad, que condenan todas sus reglas como un delito funestísimo en las comunidades.

En el arte de acaparar, bien conocida es su extremada pericia, que acreditan las historias y los refranes populares como tradiciones entre católicos. Pero lo peor es que el dinero que cogen es perdido para el país de donde sale y al que no volverá de modo alguno, porque es enviado al extranjero, donde residen todos los centros directivos monásticos. En ellos rige este principio, que muchos ignoran por acá:—*Todo convento que no produce para sostenerse y algo más, debe ser suprimido*; y este otro:—*Sin tener seguridad perfecta de que una fundación rendirá desde luego sus gastos con toda puntualidad, no debe ser intentada*.

Las naciones son, como se ve, para el fraile y para la monja simplemente tierras de cultivo más ó menos pingües.

Los procedimientos monacales se reducen á estos cuatro: mucha y audaz obstinación, tacto de codos, muy poca ó ninguna vergüenza, y no reparar en medios, tocando siempre el resorte de la vanidad y de las pasiones locales, ó los ardides piadosos que ellos llaman *mentiras inocentes*; y sobre todo y ante todo, el descrédito de los curas, aunque sea necesario llegar hasta la calumnia. En el libro de Michelet, *El sacerdote, la mujer y la familia*, hay ejemplos históricos de este sistema.

Del otro lado tenemos al clero secular, que es genuinamente español, con todos sus defectos y virtudes, porque en el seminario no se cuidan ó no quieren cuidar el amor de la patria, y tampoco el de la familia (que algunos exajeran un poquito en ocasiones), ni las afecciones que hermean la vida, como la amistad, el deseo de gloria, el gusto por las diversiones honestas y cierta noble independencia de carácter, con su poquito de española altivez, cuanta permite la educación del seminario; verdad que hoy esta educación se ha hecho muy frailuna desde la Regencia y ya el clero nuevo sale bastante deprimido.

Si hiciéramos una estadística, lo que no es imposible, del número de conventos y de individuos que los pueblan, veríamos que exceden ya al de los clérigos; y calculando lo que aquéllos sacan de aquí, nos convenceríamos de que es casi una tercera parte más de lo que suma el presupuesto del clero y lo que éste percibe por la misa y el pie de altar. Pero con la diferencia de que los curas se gastan aquí lo que aquí ganan y no ahorran para mandar á ningún acervo extranjero. Esto es de capitalísima importancia.

Los procedimientos clérico-seculares para buscarse los garbanzos, no hay duda que son mucho menos sórdidos é innobles; y, véase lo que somos los españoles; aquí el clero, que sabe y harto experimenta cuál y cuánta es la inquina que le profesan los monacales, no los desacredita, sino que se constituye por espíritu de disciplina, aunque llorando lágrimas de sangre, en su corifeo y panegirista decidido.

El clero no se vale tampoco de tantas falsedades piadosas como el fraile, ó

cuando más sigue, porque es de moda, y de mala gana, las invenciones frailunas: su sistema consiste casi únicamente en atenerse al ritualismo oficial de la Iglesia. Por cada uno que sepa acaparar, cincuenta apenas saben vivir, y es frecuente ver al clérigo encargado de una iglesia ó parroquia, aguantar el chubasco de la desgracia cuando vienen mal dadas y á las veces pedir trabajo en una carretera y vivir muriendo antes que separarse de la iglesia y de los paisanos con que se ha encariñado.

Esto no lo hizo jamás fraile ni monja en nuestros reinos. ¿Se acabaron los productos? Pues á otra parte.

Los clérigos van mal vestidos y viajan por lo regular en tercera; viven con el pueblo y entre el pueblo y participan de sus costumbres y sus sentimientos. ¿Uno de ellos cae? No le vale ni la paz y caridad, porque no tiene detrás toda una orden poderosa que lo ampare y que lo oculte y lo saque de la localidad, y alborote el cotarro clamando ¡calumnia! ¿Quiere elevarse? Tiene que hacerlo como cada hijo de vecino, por sí mismo; para él no hay toda una legión fuerte y rica que pregone su fama, que es la de todos sus colegas.

Estas son las cualidades de ambos bandos en materia de intereses y medro: en el terreno de las ideas, que no es punto baladí, la clasificación es otra, y en verdad no menos digna de atención en este curioso é imparcial estudio, que continuaremos.

J. F.

## Favor por favor

Iba el jueves un amigo mío por el paseo de Recoletos andando y leyendo *El Liberal*.

Acercósele un chicuelo y le dió un prospecto en que se recomendaba un gabinete donde se curan *enfermedades secretas*, y se lo echó distraídamente al bolsillo.

De allí á nada tropezó con un presbítero, que cojeaba un poco, y que entabló conversación con él á propósito de la exagerada velocidad con que marchaba un tranvía, acabando por darle esa Hojita titulada *Apostolado en la familia*, que ni para el retrete sirve porque el papel se rompe de malo que es, y en la que se recomienda que no se lean ni *El Liberal*, ni *El Imparcial*, ni el *Heraldo*, ni *El País*, ni *España Nueva*, ni *El Radical*, ni *El Socialista*, ni *El Morín*, etc., encargándole de paso que se suscribiera á *El Universo*, diario bendecido por Su Santidad.

Mi amigo le dió cortesmente las gracias, metió mano al bolsillo y le entregó á su vez el prospecto de la *curación de enfermedades secretas*. El cura dió un bufido al ver el título y escapó gruñendo, pero sin tirarlo.

Y ¿quién sabe?, quizás le haya servido más que á mi amigo el que él le dió. ¡Aquella cojera!...

Recomiendo el procedimiento á mis lectores. Provéanse de prospectos útiles para el cuerpo, y dónselos al que



ponga en sus manos alguno de esos útiles para el alma.

Son muy á propósito para el caso, amén de todos los de enfermedades secretas, los de polvos ó licores que matan cucarachas, chinches y ladillas, y los que contienen recetas para curar el muermo, la glosopeda, el mal de pezuña, etc.

Favor con favor se paga.

## Cine clerical

### Santo Rosario

—¿Ha oído usted qué bien ha cantado sor Ingrata el Ave Maria?

—¡Ay, D. Rufo! Si usted hubiera oído hace treinta años á sor Ursula... Todo Madrid se agolpaba en esta iglesia para oirla. Figúrese usted á qué extremo llegaría la cosa que el señor obispo tuvo que tomar cartas en el asunto, porque todas las tardes había cola para entrar y gritos y empujones...

—Sí que cantaría bien.

—Dicen que había sido de esas del teatro. Y que un mal hombre, por celos, la dió una cuchillada en la cara, y le quedó una cicatriz horrible, y como no podía salir ya á las tablas, pues Dios la tocó en el corazón y se metió en las Corazóneras. Las monjas la querían mucho, porque la comunidad subió como la espuma, y bien que lo necesitaba, porque estas monjitas son muy pobres: hay días que se pasan sólo con la santa comunión.

—Pues buenos pollos, cabras y cerdos tienen. Además, todos los días entra la demandadera un cestón de merluza, ternera, y frutas que asusta.

—Es para las enfermas, y no es tanto como se cree: eso lo dicen las Pascualas, que las tienen mucha rabia porque nadie pone los pies en aquel tabuco. No hay un rosario en Madrid como éste; yo estoy todo el año rabiando porque llegue Octubre. Y eso que ahora no hay fe; había que ver los rosarios, que se hacían hace cuarenta años, y las procesiones de la aurora, y á todas las familias rezarlo en casa, empezando por los jóvenes. Ahora, sí, sí; esto ha quedado para las viejas solamente.

—Vamos, no diga usted eso, que yo la he visto á usted varias veces aquí con una jovencita muy agraciada, digo, muy devota...

—¡Ah, sí! Es una huerfanita, parienta mía lejana, á quien yo protejo... Es un angel, créame usted, y piadosa á más no poder... Algunas veces no viene porque se queda en casa trabajando... Ella lo reza allí, mientras está cose que te cose...

—¡Pobrecilla! ¿Se queda esta noche en casa?...

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque iría á hacerla compañía un ratito, y rezaríamos los dos el rosario.

—La distraería usted: tiene que acabar unas camisas, y son *veinticinco pesetas*, y los pobres no podemos perder el tiempo.

—¡Bah! Todo puede arreglarse... Abra usted el devocionario, que lá voy á meter una estampita...

—¡Jesús! ¡Un billete! Don Rufo, no sé cómo... ¿Qué significa esto?

—El precio de las camisas. ¿Puedo ir ó no?

—Con alma y vida; ya avisaré á Celita.

¿No se asustará?

—¿Y por qué? Un hombre tan bueno como usted, tan respetable, y, total, para rezar un rosario... Yo siento no poder estar... Suba usted á eso de las seis, que todavía no han encendido la luz de la escalera, y así no le verán los vecinos... ¡Es la gente tan mal pensada!

—Sí, hija, sí... No habiendo religión... ¿Es el 13, verdad?...

—Sí; junto á una cochera; no hay portería.

—Mejor. Hasta la noche, doña Celestina.

FRAY GERUJIO

### Lo que no sirve, estorba

Me opongo resueltamente á la idea de construir canales de riego para asegurar las cosechas, á menos que no se pague del presupuesto del alto clero y de una fuerte contribución impuesta á curas, frailes, monjas, hermanas y beatos.

O sirven todos ellos para conseguir que el cielo nos envíe oportunamente el agua que necesitamos, ó no sirven. En el primer caso, ¿á qué ese gasto inútil? Y en el segundo, ¿á qué mantenerlos á ellos?

Hasta que estos puntos no se hayan dilucidado me opondré á la construcción de canales, á pesar de que es cuestión de verdadera trascendencia para el porvenir de España.

### PASTORAL DE OBRA PRIMA

¿Cuánto se equivocan los que niegan la influencia de la religión en las costumbres! Sin el celo por encauzarlas hacia la honestidad que los sacerdotes del catolicismo se tomaron en todos los tiempos, hasta los zapateros hubieran ido poco á poco corrompiéndose. Felizmente para sus hormas, digo, para sus almas, un celoso prelado, español por dicha nuestra, los atajó en el sendero de perdición que seguían con la Pastoral siguiente, que copio de las *Constituciones Sinodales de Málaga del año 1674*, tít. XIII pág. 121.

«MANDATO, Y EDICTO PARA

### QUE LOS ZAPATEROS NO CALZEN A LAS MUJERES.»

«NOS DON FRAY ALONSO DE SANTO THOMAS, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Málaga, del Consejo de su Magestad etc. Por quanto por delación de muchas personas, zelosas, pías, y de autoridad, con gran dolor de nuestro ánimo, ha venido á nuestra noticia, que los Zapateros desta Ciudad de Málaga, y de las demás ciudades, Villas y lugares deste Obispado calzan inmediatamente por sus manos á las mugeres en sus casas, y en las tiendas, y casas de ellos, con poco temor de Dios, despreciando el grave, y próximo peligro de la Castidad con notorio escandalo. Por tanto, deseando el bien espiritual de nuestros subditos, y librarlos de semejante peligro, y evitar abuso, y corruptela tan perniciosa: Ordenamos y mandamos, que de aquí adelante, ningun Zapatero, oficial, ni aprendiz, ni otro hombre alguno de qualquier estado y calidad que sea calce, ni ayude á calzar capato, ni otro ningun genero de calzado, á muger alguna de qualquier estado, calidad y condicion que sea, en sus casas, ni en las tiendas, y casas dellos, ni en otra casa, parte ó lugar alguno, ni los Maestros lo permitan, ni las mugeres consientan dexarse calzar de dichos Zapateros, ni de otro hombre; ni los padres, ó otra qualquier persona de la casa de dichas mugeres lo tolere como va dicho. Lo qual cumplan vnos y otros en virtud de santa Obediencia, y so pena de excomunion mayor *Lata sententia trina canonica monitione premissa*, en que luego los damos por incursos contraviniendo á este nuestro mandamiento; y con apercibimiento, que *procederemos al castigo por todo rigor de derecho*. Y para que lo susodicho llegue á noticia de todos y nadie pueda alegar ignorancia: mandamos, que el presente se lea, y publique en las iglesias desta Ciudad, y fixe en las partes y puestos públicos, y se despache á todas las Ciudades, Villas y Lugares deste Obispado, para que los Vicarios, y donde no los huviere, los Beneficiados mas antiguos, le hagan leer, y publicar en todas las Iglesias en vn dia de fiesta al Ofertorio de la Missa mayor, el primero de como le reciban, y se fixe en la Sacristia de cada Iglesia donde esté de manifesto, á todos, y que ninguna persona lo quite, ni rompa, so pena de excomunion mayor.

Dado en Málaga á quinze de Março de mil y seiscientos y sesenta años. El qual mandamos se cumpla y execute so las penas en él contenidas.

No se sabe qué admirar más en ese piadoso documento: si el infinito dolor del santo prelado al ver á los zapateros caminar hacia el Infierno, y no por su pie, sino por los ajenos, ó la justa indignación y apostólica entereza con que condena la *corruptela perniciosa* de calzar, ¡y nada menos que con sus propias manos! á las mujeres. ¿Y dónde, cielos santos? No en medio de la calle, como hubiera sido lo natural y decente, ¡sino en las tiendas, en las casas de ellos, en las casas de ellas!... ¡Y si lo hubieran hecho siquiera con temor de Dios! Pero, nada; sin pizca de él... ¡Como si Dios no existiera, ó como si los zapateros estuvieran exentos de reverenciarle y servirle!





¿Dices que los poderosos de la tierra son los tuyos? Pues mira cuáles son los míos.



Y he copiado este documento, no sólo para demostrar que la Iglesia veló siempre por la pureza de las costumbres, sino interesándome por la salvación eterna de los zapateros de este siglo corrompido y corruptor, que acaso no tengan conocimiento de él. Desde que me he puesto en condiciones de alcanzar la gloria, sólo pienso en la mejor manera de que todos la merezcan.

Así, yo les ruego que renuncien á seguir probando el calzado á las mujeres, aun cuando por esta circunstancia no reúna las condiciones de comodidad que confeccionado á la medida; y no digo de elegancia, por si esto pudiera tomarse también en sentido pecaminoso. Luzcan su habilidad en el oficio cuando calcen á los hombres, mas no se preocupen de que las mujeres vayan calzadas como los aguadores. ¿De qué les servirá construir lindas y coquetonas botitas, si pierden su alma?

Y que el oficio de zapatero se presta cual otro ninguno á que se pierdan, eso lo saben mejor que nadie quienes lo ejercen. Y hasta quienes en este punto del calzar y descalzar mujeres hermosas los envidian.

¿Qué es ver entrar en una de esas tiendas lujosas una real hembra de esas que los inteligentes llaman *bocato di cardenali*, sentarse con aire majestuoso ó desenvuelto, presentar un pie monísimo con la zalamería del lorito que alarga la patita á su ama, y ver arrodillarse ante ella al maestro de obra prima, que comienza con la menor prisa posible á desabrochar la bota que parece en el mismo pie nacida, que tira de ella suavemente, que toma luego la medida en varias direcciones, remontándose á alturas que un rey descendiera de la suya por besarlas, y vuelta á calzar cachazudamente lo descalzado, y...

¿Si habría sido D. Fray Alonso de Santo Tomás zapatero antes que obispo, y por esto estaría tan al corriente del peligro de perderse que corren las almas de los de ese oficio al tener aprisionados en sus manos pies como aquellos de los que dijo Ayala en un soneto:

"Me parecen tus pies cuando diviso que la falda traspasan y bordean dos niños que traviesos juguetean en el mismo dintel del Paraíso."

Y tómese en el sentido de alabanza para la Iglesia lo de que un zapatero pudiera llegar á obispo, pues obispos hubo, y quizá los haya, que no llegaron en inteligencia y virtud á la suela del zapato de muchos zapateros. El espíritu democrático de la Iglesia no puede negarse en esto de las jerarquías: Sixto V guardó cerdos antes de regir sacerdotes.

Al llegar á este punto me asalta un pensamiento triste: el de lo mucho que sufriría aquel celoso obispo de Málaga, si hoy viviese, al ver la pu-

nible indiferencia con que sus colegas miran hoy perderse las almas, no sólo de los zapateros, sino de los modistos, esos que palpan al medirlos, contornos y escorzos que no soñó Miguel Angel; y las de los corseteros, que descubren hemisferios palpitantes de donde brotan manantiales de vida, después de haber despertado en quien los contempla los anhelantes deseos que la producen!

¡Oh, sí, cuánto sufriría Don Fray Alonso!

Aunque quizás no tanto, como si tropezara con ciertos obispos, antitesis de aquellos varoniles Pedros y Pablos, que hacen sospechar si antes de echarse á la calle consintieron que manipulasen en su cuerpo pecador un zapatero de los que calzan mujeres, un modisto de los que tocan circunferencias, y un corsetero de los que descubren hemisferios; tan pulidos, acicalados y coquetones van.

Un corteo de vista que emparejara con cualquiera de ellos entre dos luces, seguramente exclamaría: «¡Vaya una jembra bien puesta, y calzada como las propias rosas!... ¡Uyuyuy!... ¡Viva tu mare!»—J. N.

### Una pregunta

Que Dios es uno y es tres: que mandó á su hijo á redimirnos; que María lo parió, quedando virgen; que predicó, fué preso, maltratado y crucificado; que resucitó y subió al cielo después...

¿Es esto, y cuanto de esto se deriva lo que quiere la Iglesia que creamos y confesemos? Pues por mi parte creído y confesado.

Pero la cuestión á discutir es esta otra:

¿Por qué á los veinte siglos de haber venido Cristo á redimir al hombre, el pueblo, la masa, la multitud, se encuentra tan mal de alma y de cuerpo?

Si se me contesta satisfactoriamente á esta pregunta...

Haré otras.

¡Que vengan!... ¡Que vengan!...

El Adelanto, periódico de Salamanca, publica una *interview* que uno de sus redactores celebró con monseñor Tarlouski, obispo de Crestochowa (Polonia rusa), que se hallaba allí de paso para Portugal.

Antes de comenzar la conversación, entregó el obispo una carta del Papa Benedicto XV al arzobispo de Varsovia y rogó que la leyera. El Papa pedía en ella á los católicos de todo el orbe una oración y una limosna para los polacos, hablaba de ellos con cariño de padre amantísimo, lloraba la situación en que se en-

cuentran y les enviaba una limosna de 20.000 liras.

Después le dió otra carta de los prelados polacos hablando de los beneficios de la oración en común, pidiendo á todos los católicos que el 27 de Noviembre rezaran por la salvación de Polonia, solicitando una limosna y describiendo con los más horribles colores la situación de este desgraciado país, víctima de tantos odios y en que se están matando hermanos contra hermanos y padres contra hijos.

Y después de explicar esto, dice textualmente el reporter:

«Monseñor Tarlouski comenzó su narración con un tono que hacía imposible el diálogo.

Hablaba con tal calor, con tal indignación, á veces con tal sentimiento, que parecía un atrevimiento interrumpirle. Yo escuchaba lapiz en mano y de vez en cuando tomaba alguna nota ó pedía una aclaración.

Esto fué lo que me dijo, reproducido con la mayor fidelidad posible.

«Crestochowa es una provincia de la Polonia rusa, de 1.200.000 habitantes; la capital tiene 200.000. Cuando llegaron los alemanes, yo huí con otras personas de significación. Entraron en la ciudad y dijeron que no harían daño á nadie.

Al día siguiente de estar allí llegaron á la Catedral y pisotearon todo, robando cuanto encontraron incluso una sortija que había mandado el Papa León XIII. El capitán Harkunaun cogió un caliz que allí había regalo del príncipe Crartorski y se lo guardó. Estaba tasado en 20.000 rublos. Este capitán tiró las hostias al suelo y las pisoteó. Las gentes protestaron y se ordenó bombardear la ciudad con gruesa artillería. Antes había querido defenderse el pueblo y fueron fusilados 300 paisanos.

Esto no es más que una parte, un episodio, de la guerra en Polonia, donde han destruido cuatro catedrales, más de 20.000 pueblos y 300 ciudades. No han respetado nada absolutamente. Todo ha sido profanado por los alemanes.

Cuando hui marché á Kalisz, donde soy archi-abad de una ermita. Hay en este pueblo una catedral maravillosa, obra del siglo xv. En ella hay una Virgen que es venerada en toda la región. Algo como la Virgen del Pilar para los españoles. La riqueza que había en esta catedral es incalculable. Se podrían contar 28 lámparas de plata, 18 custodias de oro, 17.000 sortijas llevadas allí como exvotos, un calvario que costó tres millones de francos; tres capas que valían millones de rublos, una capa de San Casimiro de inestimable valor, la cruz de San Carlos Borromeo, 18 tazas de oro del Sultán de Turquía... Todo, todo, hasta las campanas fué robado por los alemanes.

Ocho automóviles cargados de oro y plata fueron llevados á Berlín.

Días después vino el Kaiser á visitar la población, acompañado de su séquito. Cuando hablamos con él dijo que era nuestro amigo.

Después nos dijo estas palabras: «Mi viaje tiene una misión divina. Vuestra célebre Virgen se me ha aparecido y me ha mandado que venga á libertaros de la tiranía rusa. Yo le respondí: vuestros generales han ordenado á los soldados que lo profanen todo, que roben nuestras ca-



sas y nuestras iglesias ¿qué significa esto?

—Tenemos necesidad de oro y de plata para hacer la guerra, contestó el Kaiser, pero para que veáis mis sentimientos, yo regalo mi corona á vuestra Virgen.

Yo le contesté: La Santa Virgen no tiene necesidad de la corona de un luterano destructor de la Polonia. Además la Virgen tiene la corona que le regaló Pío X en 1910.

El Kaiser: Yo soy vuestro jefe, tenemos el derecho que nos da la guerra. Si no me obedecéis tengo derecho á encarcelaros y á mandar que os den muerte.

Nosotros, los polacos, le contesté, no tenemos miedo de la cárcel ni de la muerte. Estamos todos en contra vuestra que habéis asesinado al clero católico y habéis profanado nuestras iglesias...

Al día siguiente el ayudante del Kaiser me presentó la proclamación del Kaiser, como rey de Polonia, para que la firmara. Me negué terminantemente á ello, y fuimos hechos prisioneros yo, otros dos prelados y tres sacerdotes.

Nos llevaron á una cárcel húmeda, de Spandau (Alemania), y allí estuve dos meses y medio, sin permitirme ni decir misa.

El arzobispo de Varsovia y los prelados polacos protestaron, y por fin me dejaron venir á la frontera suiza en tren especial acompañado por un oficial y varios soldados alemanes. De Suiza fui á Francia y de Francia á España. He estado en Santander y en Valladolid. Ahora voy á Lisboa, donde embarcaré para Londres; de aquí iré á Stokolmo, y de aquí á Petrogrado.

Tengo dos hermanos en el ejército ruso: uno es general y otro coronel; no sé de ellos hace mucho tiempo.

Todo en mi tierra es lágrimas, tristezas y desolación.

Salude usted en mi nombre á los católicos españoles, por quienes los polacos sentimos una gran simpatía.

¡Lástima me da ver lo engañados que los tiene la política del Kaiser! Si vinieran aquí los alemanes no respetarían ni una iglesia católica. El ejemplo de Bélgica y de Polonia debiera decirselo muy claramente.

SIR-VE

El relato es horriblemente trágico, ¿no es cierto?

Pues he aquí el comentario que inspira á un periódico jaimista de aquella localidad:

«De monseñor Tarlouski, descubierto en Salamanca por los dueños del «Términus» y su periódico, no sabemos nada que pueda y deba ser comunicado á nuestros lectores.

Lo único que podemos decir es que no nos alarma la amenaza de que si los alemanes vinieran á España no dejarían en pie ni una iglesia católica.

¡Las tienen en su país y no las destruyen, monseñor...»

Que yo no soy partidario de Alemania y que quisiera verla reducida á la impetencia y al Kaiser reemplazando en Santa Elena á Napoleón, no tengo para qué decirlo.

Sin embargo, confieso que si viniera á España con el exclusivo propósito de echar por tierra todas las iglesias católicas, ¿qué sé yo?, tal vez me alegraría.

¿Por qué? Por el disgusto que le

produciría después el enterarse de que la piedad católica las había alzado de nuevo; demostrando así al mundo que para la fe que traslada montañas, es casi un juego de chiquillos levantar iglesias. Y la católica España, mi patria queridísima, es hoy casi tan firme en su fe religiosa como en su afición torera.

Que vengan, pues, los alemanes si no traen otro propósito que el de derribar nuestras iglesias, y se convencerán de esta verdad, mayor que el templo más grande de los que derriban por ahí.

## Mendigos de sotana

Habrà hoy en Madrid unos cien curas sin licencias, é imposibilitados, por lo tanto, para buscarse el alimento.

¡El hambre que pasarán los pobres! Si estando en activo sacan solamente diez ó doce reales (los que sólo cuentan con la misa ordinaria) con lo cual no tienen ni para patatas, ¿qué les ocurrirá cuando no *miseen*?

Malo se ha puesto el oficio para los curas de misa y pucherete desde que los frailes vinieron.

Casi les convendría renunciar á él, convertirse en personas, y trabajar de peones en la villa.

Tendrían por lo menos la satisfacción, al pasar junto á obispos, curas privilegiados y frailes de rapiña, de exclamar orgullosamente:

«Soy más útil á la sociedad que vosotros y no vivo del sudor de nadie.»

La verdad es que no merece la pena de estudiar latín y vestirse estrambóticamente, para no comer luego á diario, aunque sea mal.

Aun cuando también es verdad aquello de que las equivocaciones se pagan, y lo de que «quien tal hizo, que tal pague.»

DESDE PARÍS

## Los españoles en Francia

El distinguido publicista *Fray Gerundio*, publicó hace días un artículo en *El Diluvio*, diario de Barcelona, comentando el que yo publiqué en estas mismas columnas achacando el proceder de los franceses á la germanofilia imperante en España.

*Fray Gerundio* afirma que no puede ser causa la opinión sobre la guerra de ciertos españoles, del mal trato que nuestros compatriotas reciben aquí, ya que antes de la actual borrachera bélica se postergaba de la misma manera á los españoles.

Como carezco de datos para juzgar lo que ocurría antes de la guerra, he consultado con algunos españoles que llevan aquí varios años de residencia, y todos me aseguran que hay gran diferencia entre entonces y ahora; y siendo así, no

puede atribuirse á otra causa que á la germanofilia que á ciencia y paciencia de los republicanos ha tomado incremento en España.

La situación de Francia es hoy tal, que los insultos groseros que contra su ejército y el de sus aliados lanzan los germanófilos de España han de azuzarla contra todo español. El comercio no se lamenta, no toma represalias. Ya las tomará si no cambian el modo de pensar y la manera de proceder algunos españoles. Hoy el comercio francés está compuesto solamente de acaparadores que se nutren en España, satisfaciendo el egoísmo de nuestro comercio. Las necesidades de Francia son muy grandes. Mañana, cuando la guerra termine, ya hablaremos sobre el particular... digo, si no se ha impuesto el sentido común en nuestra desdichada Patria.

Convengamos en que siempre vivieron de milagro los españoles en Francia; pero hoy, mi buen *Fray Gerundio*, mueren miserablemente. Figúrese el lector cómo se habrán puesto las cosas, que en la mayoría de los grandes comercios de París, se hace público que el personal es francés y de las naciones aliadas.

En el Boulevard des Italiens, frente al «Credit Lyonnais», hay un gran establecimiento, centro de productos comestibles internacionales, y en su inmensa fachada aparecen seis planchas de bronce con la siguiente inscripción: «LA MAISON EST ANGLAISE ET LE PERSONNEL FRANÇAIS ET ALLIÉS.»

Creo firmemente, que si los germanófilos militantes en España continúan haciendo lo que hasta la fecha, y los republicanos no se deciden á obligar á Dato á que abra las Cortes para ver hasta dónde llega el amor á Francia que dicen sentir nuestros diputados y otras altas personalidades, los españoles residentes en esta gran nación habrán de estudiar la manera de vivir como el camaleón.

Yo, como no las veo de color de rosa, no ceso de estudiar el organismo de ese afortunadísimo animal, pues así como así, no estoy dispuesto á saldar las numerosas cuentas que tengo pendientes con la justicia monárquica de por ahí. La cárcel fué hecha para martirizar á los hombres, para recrear á las Hermanas de la caridad y para enriquecer á los administradores y directores... A otro perro con ese hueso.

FERNANDO PINTADO

París Octubre 1915.

Entre una república con frailes y jesuitas y una monarquía sin ellos, preferiría la última.

Estírpelos por completo la de España, y me declararé monárquico.

## Banco de España

Continuemos:

Así como la condena lleva consigo las accesorias de suspensión de todo cargo y derecho de sufragio y privación de otros beneficios personales, he creído que la absolución con todos los pronunciamientos favorables era algo así como la rehabilitación en todos sus aspectos de la persona que obtiene ese don de la justicia. En ese sentido opinan grandes y chicos, menos el Banco de España, que, como dicen, es menor de edad, y no tiene todavía la capacidad de pensar como los que estamos ya libres de quintas. Pero



tiene sus tutores, me dicen, y estos señores están obligados á discurrir con sentido común y sentido moral, que para eso cobran buenos sueldos y emolumentos. ¡Oh, amigo! Si así hubieran procedido, dejarían de ser lo que son, se hubieran estacionado y no habrían escalado las altas cumbres en que están colocados.

No diré yo que no lo tengan merecido; el trabajo extraordinario merece también recompensa extraordinaria, y en eso de premiar servicios el Banco es harto pródigo. Cincuenta mil pesetas ofreció para el descubrimiento del hecho motivo del *procésamiento* de que fui víctima; y aunque muchos se lanzaron á la *arrebatiña*, tengo entendido que ese premio quedó desierto por no resultar nadie acreedor á recompensa en metálico, y me consta que el Sr. Belda no recibió ni una perra chica, porque es muy delicado y sé que en el cumplimiento de su deber en aquella ocasión llegó al sacrificio... con vistas á la subgobernaduría. Así debió entenderlo el Banco, y yo lo creo de justicia, que el que regala bien vende si el que recibe lo entiende; porque yo, que fui tan zarandeado, sé lo mucho que trabajó por servir á su casa solariega, secundado por los eminentes peritos calígrafos señores Cuéllar y Cordero, quienes, con *ese leal saber y entender* que les dan sus profundos estudios y larga experiencia, confeccionan cada informe que son verdaderas obras maestras; ahí está, como demostración, el que emitieron en la causa de referencia; es un trabajo meritorio que tiende á elevar á ciencia lo que, á juicio de un experto autor, no es más que *arte en mantillas*, y, según mi humilde opinión, ni es ciencia, ni arte, ni nada, y en este concepto yo reformaría la ley, eliminando de los medios de prueba los informes de los peritos calígrafos como un bien social y para tranquilidad de sus conciencias.

Anuncié en mi artículo anterior que hablaría, entre otras cosas, de los incidentes que ocurrieron en la sesión del Consejo que negó derechos pasivos á mi familia, y comprenderán mis lectores que estos incidentes no tienen nada de particular en los tiempos que corremos, que tan en moda está el adagio «haz mal sin mirar á quién».

Después que el Consejo del Banco de España, tomándose la justicia por su mano, acordó, como medida de saneamiento, mi separación absoluta, alguien, en forma de alma piadosa, debió advertir la gravedad de esa resolución para mi mujer é hijos, á quienes alcanzaba un perjuicio que no merecían, y aconsejó la necesidad de reservar para ellos el disfrute de los derechos que yo adquirí á precio de pesetas, pues que, de mi sueldo, me descontaban mensualmente una cantidad con tal objeto; y efectivamente, fué sometida esta interesante cuestión al criterio de los señores del Consejo, que por no ser unánime la opinión, se procedió á la votación por medio de bolas. Hecha esta operación con todas las solemnidades que el caso requería, resultó empate, ó sea las mismas bolas blancas que negras, y como esto no puede decidirlo el gobernador que presidió el acto, tuvo que hacerse nueva votación para ver de qué lado se inclinaba el platillo de la *conciencia*, y ¿quién sería el hijo de... (Sodoma, iba á decir) que, habiendo votado antes con bola blanca, en esta segunda operación lo hizo con bola negra? ¿Dormirá tranquilo ese hombre ante acción

tan infame, cuyo criterio motivó la negativa de derechos á mi familia?

Y se me ocurre preguntar: ¿por qué regla de tres tiene que intervenir el Consejo del Banco en un asunto independiente de él, y de la exclusiva competencia de la caja de pensiones? Además, ¿es moral que, rescindiendo á *forziori* el contrato con dicha caja, puesto que me niegan el derecho al disfrute de los beneficios adquiridos mediante las pesetas entregadas, queden éstas en su provecho? Siguiendo esta práctica, el Banco puede enriquecer á la caja de pensiones cuando le pareciere, con sólo darse el gustazo de acordar la separación de sus empleados, sin otro motivo que alegar la falta de confianza, porque, siendo ésta, según sentencia del Supremo, un sentimiento del orden moral, puramente subjetivo, que no admite imposiciones ni puede infundirse á impulso de ajenas voluntades, dicho se está que al Banco corresponde apreciar esa falta sin limitación alguna. Es decir, que el empleado no tiene ni el consuelo de poderse defender; no hay aquello de que para juzgar un pleito, precisa oír á ambas partes. ¡Y pensar que la indiferencia sistemática de todos y la despreocupación por las cosas que tan íntimamente les afectan, les haya reducido al servilismo!

Decidme, probos funcionarios: ¿no se os eriza el cabello al saber que un involuntario *eructo*, del que nadie está libre, alguna antipatía por *si no oléis á incienso*, ni comulgáis á menudo, ni pertenéis á la «Adoración Nocturna», ó una inocente infracción del Reglamento porque ejerzáis agencias y comisiones dentro del establecimiento, pueda reducir vuestro cocido? Ya sé que á esto me contestaréis que mientras no se haga la *revolución desde arriba*, sentando la mano y aplicando los rigores de dicha sentencia á los que, privadamente operan en banca y bolsa, estáis tranquilos. ¿Quien de vosotros, altos y bajos, no ejercerá, si tiene ocasión, alguna *comisioncita* dentro del establecimiento, de esas que están penadas por el Reglamento? Yo os aconsejo que estéis prevenidos, porque el día menos pensado, que no será el mejor, como vulgarmente se dice, os darán una sorpresa desagradable. Trataréis de averiguar el motivo, y os dirán que no es otro que la falta de confianza. ¿Y qué haréis entonces con ese nombramiento que, á guisa de título, habéis obtenido en premio á vuestra suficiencia, probada en franca oposición? Lo contemplaréis lastimeramente y diréis conmigo, que con ese papel está la seguridad del empleado del Banco tan garantida, como pudiera estarlo la estatua de Pontejos.

En el próximo artículo indicaré los medios que puse en juego para ver si evitaba que se consumase la iniquidad de que vengo hablando.

J. BAUTISTA SANCHIZ

17-10 1915.

## Calumnia desmentida

«En el Ayuntamiento de Corvera ha sido decomisado por los vigilantes de consumos un contrabando de ocho garrafrones de aguardiente «Anís cazalla», consignado al señor cura de Prases, D. Francisco Puelles.

José Gómez.»

Alceda, 12 de Octubre de 1915

Me permito recomendar á mi amigo D. José la precedente calumnia para que se sirva desmentirla en El Motín.

Ha sido publicada por un diario de Santander, produciendo tanta sorpresa como indignación, por constarnos aquí que ningún sacerdote de esta diócesis toma bebidas alcohólicas, conformándose todos con el vino de la misa.

Además, es público y notorio que D. Francisco Puelles detesta toda clase de bebidas, hasta el extremo de no lavarse muchas veces por temer que se le introduzca en la boca alguna gota de agua.

Calcule usted, amigo Nakens, el sacrificio que será para él celebrar misa; y tenga para el *interfecto* tanta compasión como su afectísimo

STONE

Solares-14-X 1915.

¿Compasión?... A raudales brota de mi pecho desde que me he arrepentido de las calumnias que he lanzado contra el clero siempre que veo á cualquier sacerdote víctima de alguna.

Gracias encarecidas, amigo Stone, por haberme presentado ocasión de demostrar que estoy resuelto á no dejar que prevalezca ninguna de las que lleguen á mí.

Y para poder cumplir á la perfección mi honrado y justo propósito, ruego encarecidamente á mis lectores que se sirvan darme cuenta de todas las calumnias que contra los sacerdotes de su comarca circulen, para desmentirlas sin más averiguaciones, aun cuando deje así mal parada la definición que se da comunmente de la fe: «creer lo que no se ve».

No; yo desde ahora, aunque viera borracho á un clérigo, no lo creería; pues por algo dice Nuestra Santa Madre Iglesia que «hay que desconfiar del testimonio de los sentidos».

Con que vengan calumnias que desmentir.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID